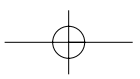
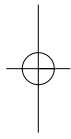




REINOS OLVIDADOS®

The title 'REINOS OLVIDADOS' is presented in a highly decorative, gothic-style font. The letters are thick and feature intricate flourishes, particularly in the 'R' and 'S'. The text is contained within a dark, textured rectangular frame with a slightly arched top and a distressed, stone-like appearance. A registered trademark symbol (®) is located at the end of the word 'OLVIDADOS'. The overall aesthetic is that of a classic, possibly fantasy-themed, book or album cover.





EL CAMINO DEL PATRIARCA

LOS MERCENARIOS

R. A. SALVATORE

timun**mas**

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados

Diseño de cubierta: Matt Adelsperger y Wilma Traldi / Departamento de
Diseño, División Editorial del Grupo Planeta

Ilustración de cubierta: Todd Lockwood

Título original: *Road of the Patriarch*

Primera edición: septiembre de 2007

© 2006, Wizards of the Coast Inc.
All rights reserved

*All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead,
is purely coincidental.*

*This book is protected under the copyright laws of the United States of America. Any
reproduction or unauthorized use of the material or artwork contained herein is prohibited
without the express written permission of Wizards of the Coast, Inc.*

*FORGOTTEN REALMS and the Wizards of the Coast logo are trademarks owned
by Wizards of the Coast, Inc.*

Derechos exclusivos de la edición en lengua castellana:

© Scyla Editores, S. A., 2007

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona (España)

Timun Mas es marca registrada por Scyla Editores, S. A.

www.timunmas.com

© Traducción: Emma Fondevila García, 2007

ISBN: 978-84-480-3782-6

Preimpresión: Zero preimpresión, S. L.

Depósito legal: -2007

Impreso en España por

US, Canada,
Asia, Pacific & Latin America:
Wizards of the Coast, Inc
P.O. Box 707
Renton, WA 98057-0707
+1-800-324-6496



European Headquarters:
Hasbro UK Ltd
Caswell Way
Newport, Gwent NP9 0YH
GREAT BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

PRELUDIO

Sí, es hermosa, pensó Artemis Entreri cuando Calihye, completamente desnuda, saltó de la cama y se acercó al perchero en busca de sus bombachos y de su camisa. Se movió con la gracia de un avezado guerrero, avanzando una pierna tras otra sin el menor esfuerzo, posando las mullidas almohadillas de los pies con suavidad para amortiguar sus pasos. Era de mediana estatura, ágil sin dejar de ser fuerte, y su cuerpo mostraba algunas cicatrices que no quitaban valor en absoluto a la grácil imagen de su marcada musculatura. Era una criatura paradójica, se percató Entreri mientras la contemplaba, un ser de naturaleza ígnea y fluida. Podía ser feroz, pero también tierna, y parecía saber cómo moverse entre ambos extremos para lograr un inmejorable efecto cuando estaban haciendo el amor.

No cabía la menor duda de que en el campo de batalla se comportaba de igual modo. Calihye no era solamente una luchadora; era una guerrera, una pensadora. Conocía sus propias posibilidades tan bien como cualquiera, pero valoraba las de su oponente mejor que la mayoría. Entreri estaba seguro de que la mujer había utilizado sus encantos femeninos con los oponentes poco avisados, haciéndoles bajar la guardia antes de destriparlos.

Eso hacía que la respetara; la imagen suscitó una sonrisa en su cara habitualmente ceñuda.

De todos modos, se resolvió en una corta mueca cuando el hombre

reparó en su propia situación. De un gancho próximo al perchero junto al que se vestía Calihye colgaba su sombrero negro de ala corta, el que le había dado Jarlaxle. Entreri se había dado cuenta de que el sombrero, al igual que su compañero drow, era mucho más de lo que parecía. Estaba dotado de muchas propiedades benéficas, mágicas y mecánicas, entre las cuales se contaba la de bajar la temperatura de su cuerpo para ayudarlo a ocultarse de los ojos que captaban el calor en lugar de la luz, y un alambre insertado alrededor de la copa, fácilmente retraíble, que permitía ajustarse el sombrero tan apretadamente que hacía imposible que se le saliera ni siquiera cayéndose del caballo.

Más de lo que parecía, pensó Entreri.

Había dormido profundamente después de su encuentro con Calihye la noche anterior. ¿Demasiado profundamente? Calihye podría haberlo matado, se dijo, y por su cabeza cruzó como un relámpago la idea de que tal vez la mujer estaba utilizando sus encantos con él. Lo había puesto en la situación más vulnerable en la que jamás se había encontrado.

«No —se tranquilizó—. Sus sentimientos hacia mí son auténticos. Esto no es un juego.»

Sin embargo, se preguntó si no podría haber sido justamente la estrategia de Calihye hacerle bajar totalmente la guardia para atreverse a atacarlo.

Entreri hundió la cabeza entre las manos y se frotó los ojos somnolientos. Al hacerlo sacudió la cabeza, y se alegró de que sus manos ocultaran su risita de impotencia. Acabaría volviéndose loco con esos pensamientos.

—Entonces ¿vienes conmigo? —preguntó Calihye, sacándolo de su ensoñación.

Levantó la cabeza y la volvió a mirar fijamente mientras ella permanecía de pie al lado del perchero. Seguía desnuda, pero los ojos de Entreri no recorrieron su cuerpo, sino que se quedaron fijos en su rostro. Se mirase como se mirase, Calihye era una mujer notablemente hermosa, de ojos chispeantes que a veces mostraban reflejos grises en medio del azul. Otras veces, según fuera el fondo —la iluminación o su vestido—, brillaban con una exquisita sombra de azul medio, y en ambos casos resultaban siempre impactantes debido al contraste con el cabello negro como ala de cuervo. Tenía el rostro simétrico y una estructura ósea impecable.

Pero estaba esa cicatriz, que le cruzaba la mejilla derecha hasta la nariz y luego bajaba por los labios hasta la mitad de la barbilla. Era una cicatriz enojosa, con frecuencia inflamada y roja. Entreri sabía que

Calihye se ocultaba tras ella, como si se tratase de una negación de su belleza femenina.

De todos modos, cuando Calihye esbozó su sonrisa, tan traviesa y peligrosa, Entreri prácticamente ni se dio cuenta de la cicatriz que le cruzaba los labios. Para Artemis Entreri seguía siendo hermosa, y aparte de sus reflexiones sobre los motivos para conservar la cicatriz y sobre el significado profundo que parecía tener para ella, casi no se le veía. No atraía su atención, tan perdido estaba en los misterios que se adivinaban en sus ojos. Ella movió la cabeza, y cuando la espesa mata de pelo le resbaló sobre los hombros, Entreri tuvo deseos de saltar hasta su lado y hundir la cara en aquella suave y tibia cabellera.

—Habíamos quedado en ir a comer —le recordó al tiempo que lo miraba y empezaba a ponerse la camisa—. Habría jurado que te había entrado una hambre monstruosa y feroz.

Cuando apareció su cabeza a través del cuello de la camisa y clavó la mirada en su amante, a Calihye se le borró la sonrisa de los labios.

Ese atisbo ceñudo le dio a Entreri la clave de su propia expresión. Estaba serio y no sabía por qué. No había un solo pensamiento en su mente que pudiera hacerle fruncir el ceño en ese momento. Después de todo, Calihye no suscitaría en él ningún pensamiento de esa naturaleza, pues él la consideraba una luz brillante en su miserable vida. Pero sin duda estaba ceñudo, como ponía en evidencia el gesto grave y reflexivo de ella.

Entreri mostraba a menudo esa expresión adusta —¿o era algo permanente?— y casi siempre sin una razón aparente. Salvo, por supuesto, que con frecuencia estaba enfadado por todo y por nada a la vez.

—No tenemos qué comer —dijo la mujer.

—No, es cierto. Debemos salir y comprar algo de comida. La mañana ya está muy avanzada.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Nada.

—¿No te lo pasaste bien anoche?

Entreri casi resopló ruidosamente ante semejante tontería, y no pudo reprimir una sonrisa al observar a Calihye y darse cuenta de que simplemente lo estaba provocando para que le dijese un cumplido.

—Me has complacido muchas noches. Enormemente. Y la pasada noche fue una de ellas —la halagó, y se quedó complacido ante su aparente alivio.

—¿Qué es, entonces, lo que te preocupa?

—Te dije que no estoy preocupado.

Entreri echó mano de sus pantalones y empezó a ponérselos. Se detu-

vo al notar que la mano de Calihye se apoyaba sobre su hombro. Miró hacia arriba y se la encontró mirándolo con gesto preocupado.

—Tus palabras no coinciden con tu expresión —le reprochó—. Dime, ¿acaso no puedes confiar en mí? ¿Qué es lo que afecta tanto el humor de Artemis Entreri? ¿Qué pasa contigo? ¿Qué fue lo que te pasó para encender en ti ese fuego interior?

—Hablas dejándote llevar por tu loca imaginación —protestó él.

Volvió a inclinarse para acabar de ponerse los pantalones, pero Calihye aferró su hombro aún con más fuerza obligándolo a mirarla de nuevo.

—¿De qué se trata? —lo apremió—. ¿Cómo se crea un guerrero de una perfección tan notable como la de Artemis Entreri? ¿Qué te causó esto?

Entreri apartó la mirada de la de ella y la bajó hasta sus pies. Pero en realidad no los veía. A los ojos de su mente, Artemis Entreri era otra vez un muchacho, poco más que un niño, en las polvorientas calles de una desierta ciudad portuaria inundada por el olor a mar o a arena maloliente, dependiendo del lado que soplara el viento.



Los carros crujían, aunque estuviesen detenidos, cuando la brisa arenosa azotaba sus laterales de madera. Un tiro de caballos pateaba con desasosiego, y uno de los animales incluso se encabritó todo lo que le permitió su pesado y apretado arnés. El cochero, un hombre delgado y fibroso de rasgos toscos y angulosos, que al chico le recordaba a su padre, no tardó en azotar cruelmente con el látigo al asustado animal.

Sí, ni más ni menos que como su padre.

El obeso comerciante de especias sentado en una carreta lo estuvo observando un largo rato. Aquellos ojos de pesados párpados parecían invitarlo a dormir mientras lo hipnotizaban como a una serpiente en trance. Él sabía que allí había algo, algo mágico detrás de aquella mirada, algún método de control que había permitido a aquella patética y desmejorada bestia destacarse entre el grupo reunido para la caravana que partía de Memnon. Todos los demás se le sometían, según podía ver, aunque sólo era un niño y sabía poco del mundo y de las jerarquías dentro de la clase mercantil.

De lo que no cabía la menor duda era de que era el jefe, y el chico enrojeció, orgulloso de que el jefe de tanta gente les prestase atención a él y a su madre. Ese ruborizado orgullo se convirtió en una boca y unos ojos abiertos de par en par cuando el hombre gordo sacó unas monedas de oro. ¡Monedas de oro! El chico había oído hablar de ellas, había oído

hablar de las monedas de oro pero nunca había visto ninguna. Sólo había visto las de plata en una ocasión, entregadas por un forastero a su padre, Belrigger, antes de meterse detrás de la cortina con su madre.

Pero nunca había visto oro. ¡Ahora su madre tenía oro!

Qué emocionante había sido, pero que breve. Porque acto seguido, su madre, Shanali, lo cogió bruscamente por un hombro y lo empujó a los brazos del hombre grueso, que lo estaba esperando. Se resistió y luchó; trató de zafarse de los brazos sudorosos o al menos de darse la vuelta para poder hacerle algunas preguntas a su madre.

Cuando finalmente lo logró, ella ya le había dado la espalda y se alejaba.

La llamó a voces, le suplicó, le preguntó qué significaba aquello.

—¿Adónde vas? ¿Por qué me tengo que quedar aquí? ¿Por qué me retienen? ¡Madre!

Y ella echó la vista hacia atrás, sólo una vez y durante un fugaz instante. Lo suficiente para que él viera por última vez sus ojos tristes y hundidos.



—¿Artemis?

El hombre aventó sus recuerdos y miró a Calihye. Ella parecía divertida y preocupada a la vez. Resultaba tan extraño...

—¿Te vas a quedar ahí sentado toda la mañana con una flauta en las manos y los pantalones por las rodillas?

La pregunta sorprendió a Entreri, y sólo entonces se dio cuenta de que efectivamente tenía en la mano la flauta de Idalia, el instrumento mágico que le habían dado las hermanas dragón. También se dio cuenta, tal como le había indicado Calihye, de que le colgaban de los muslos los pantalones arrugados. Dejó la flauta sobre la cama, o inició el movimiento, pero se dio cuenta de que no podía hacerlo adecuadamente. Al comprobarlo, dejó caer la flauta y se subió los pantalones.

—¿Cómo se consigue eso? —le preguntó Calihye, y él la miró con curiosidad—. ¿Qué es lo que permite crear a un guerrero perfecto como Artemis Entreri? —le aclaró.

Su mente volvió a Memnon. Se le presentó una imagen de Belrigger que lo conmocionó.

Se dio cuenta de que había cogido otra vez la flauta.

Ante él se dibujó la sonrisa lasciva y desdentada de Tosso-pash, y volvió a dejar la flauta sobre la cama.

—¿Entrenamiento? ¿Disciplina? —aventuró Calihye.

Entreri cogió la camisa que estaba sobre la silla y dio un par de pasos alejándose de Calihye.

—Furia —respondió, y lo hizo en un tono que indicaba a las claras que no deseaba más preguntas.



Se erguía como cualquier otro rectángulo de bloques de adobe en un mar de casas similares, una estructura anodina de tres metros y medio de frente por uno y medio de fondo. Como todas las demás, tenía un toldo sobre la fachada que daba al mar y disfrutaba de la brisa habitual que solía ser el único alivio al calor implacable de Memnon. La casa no tenía tabiques divisorios internos. Una sencilla cortina raída separaba el resto de la habitación de una zona de dormitorio, que ocupaban su madre y su padre, Shanali y Belrigger, o Shanali y cualquiera que le hubiera pagado a Belrigger. Él no tenía otra cosa que el suelo de la habitación común. En una ocasión en que el suelo estaba demasiado cubierto de bichos, el niño se había acostado sobre la mesa, pero Belrigger lo había descubierto y le había dado una buena paliza por la infracción.

La mayoría de los golpes se habían fundido en la nebulosa del pasado, pero Artemis recordaba con toda claridad uno en particular. Más borracho de lo que era habitual, Belrigger lo había golpeado en la espalda con una vieja tabla podrida y la paliza había dejado clavadas allí numerosas astillas que se habían infectado y que durante días estuvieron rezumando un pus blanco y verdoso.

Shanali se había acercado a él con un paño mojado para limpiarle las heridas. Recordaba muy bien aquello. Le había frotado suavemente la espalda, con amor maternal, y aunque le había gritado algunas palabras hirientes, llamándolo estúpido por olvidarse de las normas de Belrigger, incluso ésas estaban impregnadas de simpatía.

¿Había sido ésa la última vez que Shanali lo había tratado con amabilidad? ¿Era ése el último recuerdo amable de su madre?

Aquella mujer que lo había dejado con la caravana del comerciante apenas unos meses más tarde casi no parecía la misma criatura. Incluso había cambiado físicamente aquel desgraciado día en presencia del mercader, se había puesto más pálida y ojerosa, y no podía decir una frase completa sin pararse para tomar aliento.

La mente de Artemis rehuyó las imágenes de aquel día, reemplazándolas rápidamente por las de Belrigger y Tosso-pash, el idiota desdentado y sin afeitar que pasaba más tiempo bajo el toldo de la casa que el propio Belrigger.

Tosso-pash le venía a la mente en imágenes entrecortadas, lascivo, siempre lascivo. Siempre inclinado sobre él, siempre tocándolo. Incluso las palabras del hombre se le presentaban en forma de frases que Artemis había oído demasiadas veces.

—Soy el hermano de tu papá. Puedes llamarme tío Tosso. Puedo hacer que te sientas bien, chico.

La mente de Entreri rechazó esas imágenes, esas palabras, incluso más que la última imagen de su madre.

Belrigger nunca había hecho eso, al menos nunca lo había perseguido por las calles hasta que las piernas de Entreri acababan doliéndole por el ejercicio, nunca se había acostado a su lado cuando él estaba tratando de dormir, nunca había intentado besarlo ni tocarlo. Belrigger a duras penas reparaba en su presencia, a menos que fuera para darle otra paliza o para arremeter contra él lanzándole una ristra de insultos y maldiciones.

Sólo podía imaginar que había sido una gran decepción para su padre. ¿Qué otra cosa podía haber suscitado en ese hombre tanto odio contra él? Belrigger estaba avergonzado de aquel frágil jovencito, de Artemis. Avergonzado y furioso por tener que alimentar al chico, a pesar de que lo único que le daba era la dura corteza de su pan o algunas sobras después de que él ya había comido.

E incluso su madre se había deshecho de él, había cogido el oro...

Los fofos brazos del gordo mercader no le proporcionaron calor ni bienestar.



Entreri se despertó en la oscuridad. Sintió que su cuerpo desnudo estaba cubierto de sudor; tenía las sábanas empapadas pegadas a la piel.

Ese instante de pánico remitió ligeramente cuando oyó a su lado la rápida respiración de Calihye. Se sentó en la cama y quedó sorprendido al encontrar sobre su vientre la flauta mágica de Idalia.

Entreri la cogió y la acercó a los ojos, pero apenas pudo verla a la pálida luz de las estrellas que se colaba por la única ventana de la habitación. Al sentirla, tanto por el contacto físico con las manos como por la conexión emocional que había logrado con ella en su mente, estuvo seguro de que era la misma flauta mágica.

Se detuvo a pensar por un instante en qué lugar había colocado la flauta al acostarse. Recordó que en el borde del armazón de madera de la cama, a su lado, y al alcance de la mano.

De modo que, según todas las apariencias, la había cogido mientras dormía, y ella había vuelto a suscitar en él aquellos sueños.

¿O acaso eran verdaderos recuerdos?, se tuvo que preguntar Entreri. ¿Eran las imágenes que se presentaban en su mente con tanta claridad un detallado repaso de la época de su infancia en Memnon? ¿O se trataba acaso de alguna demoníaca manipulación de la flauta, siempre sorprendente?

Sin embargo, recordaba con toda claridad aquel día con la caravana, y sabía que las imágenes destacadas por la flauta eran realmente ciertas. Aquel recuerdo de Memnon, la traición final y absoluta de su madre, había perseguido a Artemis Entreri durante treinta años.

—¿Te encuentras bien? —preguntó quedamente Calihye mientras él seguía sentado en el borde de la cama.

Oyó sus movimientos detrás de él, luego la sintió apoyada en su espalda, pasándole el brazo alrededor para acariciarle el pecho y luego apretarlo contra el suyo.

—¿Estás bien? —volvió a preguntarle.

Pasando los dedos por las suaves curvas de la flauta de Idalia, Entreri sintió que no estaba seguro.

—Estás tenso —le susurró Calihye mientras le besaba el cuello.

De cualquier modo, el talante reconcentrado del hombre le hizo ver que no estaba de humor para nada.

—¿Se trata de tu furia? —lo pinchó la mujer—. ¿Aún sigues pensando en eso? ¿En la furia que creó a Artemis Entreri?

—Tú no sabes nada —le espetó Entreri, y le lanzó una mirada que incluso en la oscuridad le demostró sin lugar a dudas que estaba pisando un terreno prohibido.

—¿Furia por qué? —insistió sin hacer caso—. ¿Contra qué?

—No, no es furia —la corrigió Entreri hablando más para sí que para ella—. Es repugnancia.

—¿De qué?

—Sí, repugnancia —repitió Entreri, y se apartó de ella para ponerse de pie.

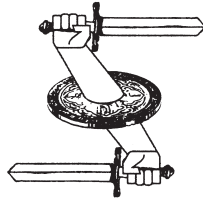
Se volvió hacia Calihye. La mujer negó con la cabeza y lentamente bajó de la cama para ponerse de pie al lado de Entreri. Le rodeó suavemente el cuello con el brazo y se apretó fuertemente contra su pecho.

—¿Te doy repugnancia? —le susurró al oído.

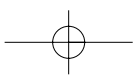
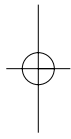
«Aún no —pensó Entreri—, pero no se puede decir nada. Si en algún momento me la dieras, te atravesaría el corazón con mi espada.»

Apartó aquella idea de su pensamiento y cogió la mano de Calihye, luego la miró de arriba abajo y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

PRIMERA PARTE



EN LA CUERDA FLOJA



¿Me pregunto si aún siguen juntos, caminando uno al lado del otro, las manos cada vez más cerca de las empuñaduras de sus armas para defenderse uno del otro, diría yo, tanto como de otros enemigos?

Muchas veces pienso en ellos, Artemis Entreri y Jarlaxle. Incluso durante la llegada del rey Obould al frente de sus hordas de orcos, incluso en medio de la guerra y bajo la amenaza a Mithril Hall, sentía que mis pensamientos salvaban con frecuencia la inmensidad del tiempo y la distancia para buscar mentalmente una imagen de la inverosímil pareja.

¿Por qué debo preocuparme?

En el caso de Jarlaxle, está siempre la justificación de que una vez conoció a mi padre, de que en un tiempo deambuló por los caminos de Menzoberranzan en compañía de Zaknafein, quizá de una forma muy parecida a como deambula ahora por los caminos del Mundo Superior en compañía de Artemis Entreri. Siempre supe de la complejidad de esta extraña criatura, que desafía las sencillas expectativas que uno podría tener con respecto a un drow, incluso las que un drow pudiera tener con respecto a otro. Me siento a gusto con la complejidad de Jarlaxle, porque sirve como recordatorio del individualismo. Habida cuenta de mi herencia oscura, a menudo sólo la fe en el individualismo me permite conservar el juicio. No estoy atrapado por mi herencia ni por mis orejas de elfo ni por mi piel del color del carbón. Por más que en ocasiones me siento víctima de las expectativas de los demás, que no pueden definirme, limitarme ni controlarme en la medida en que yo comprendo que no hay una virtud racial, que sus percepciones de quién debo ser resultan irrelevantes con respecto a la verdad de quién soy realmente.

Jarlaxle refuerza esa realidad, como un recordatorio más contundente que ningún otro de que en cada uno de nosotros reside una personalidad que desafía las limitaciones externas. Es alguien único, sin duda alguna, y eso es algo bueno, creo yo, porque el mundo no podría sobrevivir con muchos de su clase.

En realidad, mentiría si dijera que mi interés por Artemis Entreri proviene sólo de su relación con esa afirmación que es Jarlaxle. Aunque Jarlaxle hubiese vuelto a la Antípoda Oscura, abandonando al asesino a una existencia solitaria, estoy seguro de que regularmente enfocaría en él mis pensamientos. No me da lástima; no me haría amigo de él. No espero ni su redención ni su salvación ni su arrepentimiento ni su modificación con respecto al

extremo egoísmo que define su existencia. En el pasado tuve la convicción de que Jarlaxle influiría positivamente sobre él, al menos hasta el punto de poder mostrarle a Entreri lo vacía que está su existencia.

Sin embargo no es eso lo que me impulsa a pensar en el asesino; no es por la esperanza que pienso en él tan a menudo, sino por el temor.

No hasta el punto de que si él me buscara tuviéramos que volver a luchar. ¿Ocurriría eso? Tal vez, pero no es algo que me dé miedo ni que me avergüence ni que me moleste. Si me busca, si me encuentra, si me arroja una arma, que así sea. Creo que tanto para él como para mí será una pelea más en una vida de continuo batallar.

Pero no, la razón por la que Artemis Entreri se convirtió en algo que ocupa con asiduidad mis pensamientos, y con horror, es porque me sirve como recordatorio de lo que podría haber sido yo. Yo transité por caminos oscuros en Menzoberranzan, en un equilibrio entre el optimismo y la desesperación, por una senda que bordeaba tanto la esperanza como el nihilismo. De haber sucumbido a éste, me habría convertido también en otra víctima indefensa de la aplastante sociedad drow, habría liberado la furia de mis espadas en lugar de emplearlas en la causa de la rectitud —o al menos eso es lo que espero y ésa es la finalidad de mi lucha—. En esas épocas de grandes tensiones, en las que creo haber perdido a mis amigos, encuentro esa rabia de la desesperación. Abandono mi corazón. Pierdo mi alma.

Artemis Entreri hace muchos años que abandonó su corazón. Sucumbió a la desesperación, como es obvio. Tengo que preguntarme, aunque es seguro que me resultará doloroso, qué diferencia hay entre él y Zaknafein; casi me da la impresión de que estoy siendo irreverente con mi amado padre al plantear semejante comparación. Tanto Entreri como Zaknafein liberaron la furia de sus espadas sin el menor remordimiento, porque ambos creían estar rodeados por un mundo que no merecía ni el menor atisbo de clemencia por su parte. Mis razones para establecer una diferencia entre ambos se basan en que la antipatía de Zaknafein estaba correctamente centrada, mientras que Entreri permanece ciego a los aspectos de su mundo que merecen comprensión y no el juicio y el rigor finales de la espada.

Sin embargo, Entreri no establece diferencias. Contempla su entorno tal como Zaknafein veía Menzoberranzan, con la misma repugnancia amarga, con la misma sensación de desesperanza, y por ende, con la misma ausencia de remordimiento por hacer la guerra a ese mundo...

Está equivocado, lo sé, pero no me resulta difícil identificar la fuente de su crueldad. La he reconocido antes, y en un hombre que tuve en la más alta estima. Es decir, en un hombre al que debo mi propia vida.

Somos todos hijos de la ambición, incluso aunque dicha ambición nos libre de toda responsabilidad. El deseo de alejarse de la ambición es en sí mis-

mo ambición, y por eso la ambición es una ineludible verdad de la existencia racional.

Al igual que Zaknafein, Artemis Entreri ha interiorizado sus metas. Su ambición se basa en el mejoramiento del yo. Busca la perfección del cuerpo y de las artes marciales, no por el deseo de usar esa perfección para lograr una finalidad más importante, sino más bien para lograr la supervivencia. Trata de mantenerse a flote sobre la suciedad y el fango para poder respirar aire limpio.

La ambición de Jarlaxle es muy otra, como lo es la mía, aunque me temo que nuestros objetivos no son de la misma índole. Jarlaxle no trata de controlarse, sino de controlar su entorno. Mientras Entreri puede pasarse horas ejercitando la memoria de los músculos para una sencilla maniobra, Jarlaxle ocupa el tiempo coaccionando y manipulando a la gente que tiene a su alrededor para crear un medio que satisfaga sus necesidades. No pretendo comprender esas necesidades si están relacionadas con Jarlaxle. Son ambiciones interiores, creo yo, y no tienen nada que ver con las grandes necesidades de la sociedad ni con ninguna otra dimensión del bien común. Si tuviera que hacer una predicción basada en mi limitada experiencia con ese drow totalmente atípico, diría que Jarlaxle crea tensión y conflicto por pura diversión. Sale ganando con estas maquinaciones... Sin la menor duda, al orquestar la lucha entre Artemis Entreri y yo en la réplica al Crenshinibon estaba presente una maniobra pensada para aprovecharse aún más del valioso activo representado por Entreri. Sin embargo, supongo que Jarlaxle causaría problemas incluso sin que mediara el aliciente del botín o de la ganancia personal.

Tal vez esté aburrido por tantos cientos de años de existencia, en las que lo mundano se ha convertido para él en representación de la mismísima muerte. Crea agitación por el puro placer de la agitación. Lo que hace así con cruel indiferencia por los que se convierten en involuntarios principios en su a menudo mortífero juego es un testimonio del mismo tipo de resignación negativa que hace mucho tiempo afectó a Artemis Entreri y a Zaknafein. Cuando pienso en Jarlaxle y Zaknafein codo con codo en Menzoberranzan, no dejo de preguntarme si no habrán barrido las calles como un terrible monzón, dejando atrás una estela de destrucción al tiempo que una multitud de confusos elfos negros rascándose las cabezas ante las carcajadas de la salvaje pareja que se perdía a lo lejos.

Tal vez Jarlaxle encontró en Entreri a un compañero en su tormenta privada.

Pero Artemis Entreri, pese a todos los parecidos, no es Zaknafein.

La diferencia del método, y lo que es más importante, de la finalidad, entre Entreri y Jarlaxle demostrará una discordia permanente entre ambos, espero, si no se hicieron pedazos ya y uno de los dos, o ambos, no han muerto en el arroyo.

Zaknafein, lo mismo que Entreri, podría haber encontrado la desesperación, pero nunca perdió su alma en ella. Nunca se le rindió.

Ésta es una bandera blanca que levanta desde hace tiempo Artemis Entreri, y no se la puede hacer pedazos fácilmente.

DRIZZT DO'URDEN

CAPÍTULO 1

¿LA VIDA SIGUE IGUAL?

En realidad no era lo que se puede llamar una puerta, sino sólo unos cuantos tablones uno al lado del otro atados con una vieja cuerda, ropas viejas e incluso un par de enredaderas. De modo que cuando el enfurecido enano cargó decididamente contra ella, haciendo reventar los elementos que la componían, la madera, la cuerda y las enredaderas saltaron por los aires en la pequeña cueva, mezclados con jirones de tela.

Ni la furia desatada de los Nueve Infiernos habría provocado más tumulto y caos en los momentos que siguieron. El enano, con la fosca cabellera agitándose libremente en el aire, la abundante y negra barba partida en dos largas trenzas que se balanceaban sobre el pecho y los hombros, arremetió contra los pobres goblins manejando su par de manguales con mortal precisión.

El enano viró hacia el grupo más numeroso, formado por cuatro goblins. Se coló en medio de ellos sin hacer caso de las rudimentarias armas que blandían, traspasando su defensa, dando patadas y puñetazos y haciéndolo todo pedazos con sus devastadores manguales cuyas erizadas bolas de metal azotaban el aire sujetas a los extremos de sendas cadenas de extrema dureza. Alcanzó a un goblin en pleno pecho, y atravesando sus pulmones lo arrastró por el aire por espacio de un metro. Luego giró y se agachó para evitar una lanza que no era otra cosa que un palo aguzado, y con una voltereta, el enano movió el brazo hacia arriba y lo proyectó hacia un lado enganchando el brazo del goblin y apartándolo de su camino. El

enano se plantó delante del goblin, y haciendo girar sus armas por encima de la cabeza le destrozó el hombro y el cráneo, lo cual remató con un puntapié directo al mentón de la criatura que le dejó destrozada la mandíbula, aunque ya estaba tan sobradamente muerto que ni siquiera gritó al caer de bruces sobre la piedra.

Las trenzas del enano restallaron como látigos cuando de un salto se volvió para enfrentarse a los dos goblins restantes. Los desdichados no podían igualar su ferocidad y ni siquiera parecían comprenderla, lo que los hizo vacilar un instante.

Eso era más de lo que necesitaba el enano, que se abalanzó sobre ellos y atacó a uno con cada brazo. El primer golpe dio de lleno en uno de los goblins, el otro alcanzó al segundo de refilón, pero a pesar de ello cayó por el peso de la embestida, y el enano pasó arrollador sobre él, aplastándolo bajo una avalancha de patadas y golpes.

Como un vendaval se lanzó hacia la puerta, saltando al tiempo que se volvía y remataba la maniobra con un doble balanceo que alcanzó a un goblin en la espalda cuando trataba de retirarse por la puerta hacia la ladera de la montaña. La verdad es que atravesó la puerta, y mucho más rápido de lo que hubiera creído posible de haber estado pensando en semejantes cosas.

No obstante, cayó de espaldas, y como ya tenía roto el espinazo, se desplomó sobre el suelo de tierra y piedra sin sentir nada.

El enano aterrizó delante de la puerta, con las piernas abiertas y firmemente asentado. Se agachó, adoptando una postura defensiva, una salvaje expresión en los ojos, balanceando las trenzas y con las armas a ambos lados del cuerpo casi rozando el suelo.

Había al menos diez criaturas en la cueva, estaba seguro, pero después de haber dejado fuera de combate a cinco, sólo quedaban dos haciéndole frente.

Bueno, en realidad sólo era uno el que se le enfrentaba, porque el otro salió disparado hacia una segunda puerta situada al fondo de la cueva, más robusta que la anterior ya que estaba hecha de madera dura y un cerco de hierro.

El segundo goblin retrocedió en dirección a su compañero sin atreverse a apartar la vista del furioso intruso.

—Ah, de modo que tenéis una habitación más segura —dijo el enano al tiempo que avanzaba un paso hacia ellos.

El goblin retrocedió, y de entre sus dientes, que no dejaban de castañetear, se escaparon unos patéticos murmullos apenas audibles. El otro lo aporreó con furia.

—Vamos, atrévete —lo incitó el enano—. Coge una estaca y pelea. ¡Estás perdiendo la ocasión de divertirte!

Entonces se dio cuenta de que el goblin se erguía ligeramente, y el enano tenía la experiencia de numerosas batallas como para percibir la intención. Se dio la vuelta en redondo lanzando un ambicioso revés que estuvo a punto de alcanzar al debilitado goblin, que se deslizó a lo largo de la recia puerta que tenía a su espalda. Pero no se trataba de golpear a la criatura, por supuesto, sino de distraerla.

Y eso fue lo que pasó, y cuando el enano avanzó y se disponía a lanzar su segundo golpe, se encontró con una brecha. La cara del goblin se partió bajo el peso de un mangual, y la criatura habría volado lejos de no haberla parado la jamba de la puerta.

Cuando el enano se dio la vuelta, ambos goblins estaban aporreando la inquebrantable puerta con desesperación.

El enano suspiró y se relajó, negando con la cabeza con desmayo. Atravesó la habitación y aplastó, uno tras otro, los cráneos de las criaturas.

Sostenía sus manguales en una mano y con la otra aferró por la nuca a uno de los goblins derribados. Con la fuerza de un gigante, levantó al goblin en vilo lanzándolo con toda facilidad a unos tres metros contra una pared lateral. El siguiente tuvo un vuelo semejante.

El enano se ajustó el cinturón, una gruesa cinta de cuero encantada que le confería aquella fuerza extraordinaria, superior incluso a la de su poderoso cuerpo.

—Buen trabajo —exclamó, admirando la artesanía del portón.

Ese tipo de puerta no era propio de los goblins; es probable que las criaturas la hubieran robado de las ruinas de algún castillo o algo así, en los pantanos de Vaasa. Sin embargo, tenía que reconocerles el mérito de haber sido capaces de adaptarla a la pared con tanta precisión.

El enano golpeó el portón y llamó a los ocupantes en lengua goblin, que él hablaba con fluidez.

—Ah, de la casa, mamones de cabeza plana. No querréis que os estropee una puerta tan buena como ésta, ¿verdad? Así que ya podéis ir abriendo y facilitándome las cosas. Hasta podría dejaros con vida, pero me parece que me llevaré vuestras orejas.

Aplicó el oído a la puerta y escuchó un leve gemido, seguido por un «¡Chiss!» más alto.

Se encogió de hombros y volvió a golpear la puerta.

—Vamos, es vuestra última oportunidad.

Mientras hablaba, dio un paso atrás y cerró los dedos sobre las empuñaduras recubiertas de cuero de los manguales, dispuesto a liberar su magia. De los pinchos de cada bola brotó un líquido, claro y aceitoso el de la mano derecha, y rojizo y pastoso el de la otra. Examinó la puerta e iden-

tificó la cruz central de las bandas de metal como el punto estructural más importante.

Contó hasta tres, porque consideró que tenía que dar a los goblins una última oportunidad, luego, con un vigoroso movimiento de vaivén, lanzó uno de los manguales dando exactamente en el cruce de las dos bandas de hierro. El enano seguía saltando y dando vueltas para imprimir impulso al arma de su mano derecha, aunque golpeó la puerta un par de veces con la de la izquierda, haciendo mella en la madera y el metal y dejando adherido a ellos aquel residuo rojizo.

Era el icor de un monstruo de la herrumbre, una criatura infernal que obligaba a todos los caballeros a sacar brillo a las armaduras húmedas. En cuestión de instantes, las sólidas barras de hierro empezaron a tomar el color del líquido, oxidándose en profundidad.

Cuando estuvo seguro de que la solidez de las mismas estaba minada, el enano dio el mayor salto de todos, girando al mismo tiempo para reunir todo su peso y su fortaleza antes de descargar finalmente el mangual de la mano derecha en el punto exacto de la corrosión. Probablemente su gran fuerza y su impecable forma física habrían roto la puerta de todos modos, pero no quedó ni la menor duda cuando el líquido de la segunda bola, conocido como aceite de impacto, estalló en el momento del contacto.

Partidos en dos tanto el portón como la tranca de hierro que lo aseguraba desde dentro, la puerta quedó franqueada, la mitad del portón colgando a la derecha del enano, apenas sostenido aún por una bisagra, mientras que la parte izquierda estaba caída en el suelo.

Al otro lado había un trío de goblins que vestían armaduras robadas y mal ajustadas —uno de ellos incluso se había atrevido a colocarse un yelmo de metal abierto por delante— y portaban diferentes armas: una espada corta, un espadón y una hacha de guerra. Eso podría haber detenido por un momento a los aventureros más jóvenes, sin duda alguna, pero el enano, Athrogate, había pasado cuatro siglos peleando en peores condiciones, y una rápida ojeada le permitió darse cuenta de que ninguno de los tres había manejado jamás las armas que blandían.

—Bueno, si accedéis a darme vuestras orejas, dejaré que os marchéis —dijo el enano en goblin con un acento muy marcado—. Me da igual la falta de respeto de un orco cabeza plana, y no me importa si vivís o morís, pero seguro que me llevaré vuestras orejas. —Cuando terminó, sacó un cuchillo pequeño y lo tiró al suelo a los pies del trío—. Vosotros me dais vuestras orejas izquierdas y me devolvéis el cuchillo, y yo os dejo seguir vuestro camino. Que no me las dais, entonces las arrancaré de vuestros cadáveres. Es vuestra elección.

El goblin situado a la derecha del enano levantó su espadón, lanzó un aullido y cargó.

Ésa era exactamente la respuesta que esperaba el enano.



Artemis Entreri se estaba desnudando detrás de un biombo cuando oyó que el enano entraba por la puerta. Nunca había sido un admirador de Athrogate, y nunca le había tenido mucha confianza, pero el asesino estaba encantado de tener la oportunidad de escuchar sin ser visto.

—Ah, estás aquí, elfa esmirriada pretendiente a mi trono —vociferó mientras avanzaba por la habitación de Calihye.

La mujer lo miró de reojo, como si no fuera con ella, y según pudo comprobar Entreri, gran parte de aquella confianza se debía a que él se encontraba a una considerable distancia.

—Entonces estás pensando que tienes derechos aquí, ¿no es eso?

—¿De qué estás hablando?

—Lady Calihye, encabezando la clasificación —respondió Athrogate, y Calihye y Entreri asintieron.

En la Puerta de Vaasa se estaba celebrando una competición entre los muchos aventureros que arremetían abiertamente unos contra otros. Se había puesto un precio a las orejas de los distintos monstruos que deambulaban por las llanuras baldías, y para añadirle atractivo al acontecimiento, los jefes de la puerta habían colgado un tablero en el que se establecía la clasificación de los cazarrecompensas. Casi desde el principio, el nombre de Athrogate había encabezado la lista, pero esta posición la había perdido hacía pocos meses, cuando Calihye reclamó el título; su compañera de armas, Parissus, estaba sólo unas pocas muertes por detrás del enano.

—¿Piensas que me importa? —preguntó el enano.

—Más que a mí, como es obvio —respondió la semielfa.

Detrás del biombo, Entreri volvió a asentir, complacido por la respuesta de la guerrera que tan cara era para él.

Athrogate carraspeó, resopló y emitió un gruñido.

—¿Pues bien, no vas a seguir ocupando ese puesto!

Entreri prestaba mucha atención a los altibajos de la conversación. ¿Estaba el enano amenazando a Calihye?

Las manos del asesino se dirigieron instintivamente a su arma, y se arriesgó a cambiar de posición detrás del biombo con el fin de poder abarcar con la mirada el borde más cercano a la puerta, el ángulo de ataque que le permitiría situarse en el flanco del fornido enano, llegado el caso.

Se tranquilizó cuando Athrogate alargó una mano en la que sostenía una bolsita llena a reventar, y Entreri supo en seguida lo que había en ella.

—Me volverás a ver en el primer puesto, semielfa —se jactó Athrogate sacudiendo la bolsita—. Catorce goblins, un par de orcos estúpidos y un ogro para completar la bolsa.

Calihye se encogió de hombros como si no le preocupase.

—Mejor te dedicas a cazar en invierno, si tienes algo de lo que tiene un enano —siguió Athrogate—. Yo me iré al sur a beber entre las nieves, de modo que si te acompaña la suerte, podrías volver al primer puesto, pero sólo será por unos días, hasta que empiece el deshielo.

En ese punto, Athrogate se detuvo, y entre su poblada y negra barba se abrió paso una sonrisa irónica.

—Claro que ya no tendrás compañera de caza, ¿o sí? ¡A menos que convenzas a la serpiente de que vaya contigo, y no creo que esté muy dispuesta a buscar pistas en la nieve!

Entreri estaba demasiado distraído como para que pudiera ofenderlo la última observación, aunque fuera sincera, porque no le había pasado desapercibida la mueca de Calihye cuando Athrogate había hecho referencia a Parissus. Él sabía que la herida estaba aún abierta. Calihye y Parissus habían luchado codo con codo durante años, y ahora Parissus estaba muerta, asesinada en el camino de Palishchuk después de caer de la carreta que conducía Entreri huyendo de una horda de monstruos alados con aspecto de serpiente.

—Tengo pocas ganas de salir a cazar goblins, buen enano —le respondió Calihye con tono tranquilo, si bien Entreri notó que lo había hecho con esfuerzo.

El enano resopló.

—Haz lo que gustes —dijo finalmente—. No estoy para ayudas, porque recibiré mi título en primavera, de ti o de algún otro que esté pensando que es mejor que yo. ¡No te quepa la menor duda!

—Ni lo dudo ni me preocupa —replicó Calihye devolviéndole en parte la fanfarronada.

Desde luego, parecía difícil que Athrogate tuviera respuesta para aquello, y se limitó a asentir con la cabeza al tiempo que emitía un sonido indescifrable, pero no dejó de sacudir la bolsa de las orejas ante los ojos de Calihye antes de decir:

—Está bien. —Tras lo cual se dirigió a la puerta.

Entreri ni se enteró de la salida del enano, tan concentrado estaba en Calihye, que mantuvo la compostura a pesar de que sin duda sentía sobre los delicados hombros el peso de las observaciones del enano.